

lado hombres como Juarez, Ruiz y otros que eran una garantía para el partido constitucional, que no podía imaginar que así correspondiera Comonfort á la cooperacion benévola de que el Congreso le habia dado pruebas; pero sobre tanta consideracion, sobre tanto motivo para no creer, vinieron los hechos con su indiscutible marcha á probar otra vez más, que los errores no son patrimonio exclusivo de cierta clase ni de individuos de educacion determinada.

Puestos de acuerdo los conspiradores con varios gobernadores, principalmente con el de Veracruz, se verificó en la madrugada del 17 de Diciembre un movimiento político en Tacubaya, en el que se declaró que cesaba de regir la Constitucion que no iba de acuerdo con los usos y costumbres del pueblo mexicano; seguia encargado del mando supremo con facultades extraordinarias D. Ignacio Comonfort, quien á los tres meses habia de convocar un Congreso extraordinario para que formara otra Constitucion que fuera conforme á la voluntad nacional, y garantizara los verdaderos intereses de los pueblos, sujetándola, ántes de ser publicada, al voto de los habitantes de la República, y si no era aprobada habia de volver al Congreso para que la reformara; mientras se expedia la Constitucion gobernaria el Presidente consultando á un Consejo compuesto de un representante por cada Estado; cesaban en sus funciones las autoridades que no secundaran el Plan. Las fuerzas de la capital y el gobernador del Distrito, D. Agustin Alcérreca, lo proclamaron; fueron arrestados los presidentes de la Suprema Corte y del Congreso, D. Benito Juarez y D. Isidoro Olvera, y varios diputados; renunciaron los ministros La Fuente y Ruiz, y se disolvió el Ayuntamiento de México. Aunque estos hechos decian claramente que Comonfort estaba de acuerdo con los conspiradores, su resolucion no fué sabida oficialmente hasta el dia 19, dando á conocer cuánto vacilaba en seguir la conducta en que sin duda ya habia pensado mucho; se decidió á sostener la política ilegal contando con que la plaza de Veracruz le sostendría. Expedió Comonfort un manifiesto expresando las razones que tuvo para admitir la subversion del sistema legal y convertirse en revoltoso; anunció que la ley de desamortizacion sufriria algunas reformas é hizo poner en libertad á los presos políticos que estaban en la ex-Acordada; quiso probar en un manifiesto, que no era posible hacer efectiva la Constitucion, y atribuyendo á las tropas el movimiento revolucionario temia que el paso dado fuera intempestivo.

En la capital se verificó el cambio de una manera pacífica, sin oposicion de ninguna naturaleza; nadie se atrevió á murmurar ni á levantar la voz contra lo que pasaba, y solamente setenta diputados protestaron en Querétaro; pero quitada la única ley, el desórden y la anarquía volvieron á entronizarse en México y comenzó una lucha que habia de durar tres años; en varias poblaciones fué secundado el Plan de Tacubaya, pero otras muchas se negaron á admitirlo; el color de la situacion, aunque casi definido, no lo estaba tanto como los reaccionarios deseaban, pues en el Consejo estuvieron varios progresistas, que hicieron resaltar el grande error de Comonfort que pretendia amalgamar los partidos que se repelian, y además cometió la falta de querer constituir un gobierno que, dominando á todos los partidos, fuera enteramente independiente de ellos. Agobiado Comonfort desde luego por las fuerzas que levantaban los constitucionalistas y los conservadores, y por la coalicion de los Estados del interior, sin contar con ningun partido, tuvo necesidad de aliarse á los reaccionarios y que arrollar á sus antiguos compañeros; pero entónces abandonándole Veracruz que no estaba por la reaccion, comprendió Comonfort el abismo en que se habia lanzado y quiso salvarse enviando comisionados para que manifestaran á las tropas del interior su arrepentimiento y la disposicion en

que estaba de entregar el mando al presidente de la Suprema Corte; mas ya no pudo lograr qué le perdonaran el grande pecado de haber anegado en sangre á su Patria, y paralizado el movimiento de los pueblos que ansiaban constituirse y gozar de la paz; esa falta de plan fijo en lo que hacia, aumentó el desconcierto y la confusion; habia pensado marchar al interior para combatir personalmente la reaccion, pero le detenia el considerar (lo sabia perfectamente) que no se logra con las armas destruir las ideas, y tampoco llegó á formar un Ministerio, porque la situacion violenta que guardaba la política no permitió que se lograra combinacion alguna; habiéndose tratado de la libertad del Sr. Juarez la ofreció Comonfort; sin embargo, el presidente de la Suprema Corte continuó preso, porque se sabia que la Coalicion habia resuelto que fuera reconocido Presidente de la República desde el momento en que se presentara en algun punto de ella.

El odio contra Comonfort, en el partido liberal, apareció tanto más fuerte, cuanto mayores habian sido las simpatías que se le mostraron; en varias poblaciones fué arrastrado su retrato y creció el dolor de los patriotas mexicanos al saberse que el arzobispo prestaba su apoyo al Plan de Tacubaya, mandando que ninguno de los que se adhirieran á éste estuviera comprendido en la circular sobre «juramentados», en lo cual estaba conforme el obispo de Michoacan. Exhausto el erario y abandonado el despacho de los negocios, quedó paralizada la marcha política y administrativa, estrellándose los esfuerzos de Comonfort ante los obstáculos que él mismo acababa de poner en su camino; el Consejo manifestó que no le ocurría la manera de salvar la situacion, y algunos de los que lo componian señalaron á Comonfort como único recurso la franca abnegacion y un cambio radical en la política. Entónces conoció este caudillo la deformidad de su error y quiso retroceder; pero ya era tarde. En medio de los crueles tormentos que sufría se negaba á oír consejo alguno, y tuvo la esperanza de salir airoso apoyándose en las tropas que consideraba le eran fieles personalmente, entre cuyos gefes contaba ciegamente con la adhesion del general Zuloaga, á quien habia protegido no solamente salvándole la vida, sino colmándole de delicadas atenciones y haciéndole su íntimo amigo. Zuloaga le manifestaba públicamente su sincera amistad con demostraciones que no daban lugar á la duda; pero pronto se convenció Comonfort de lo que valen las esperanzas que se fundan en personas; varios de los partidarios con los cuales contaba se le rebelaron, entre ellos el gobernador de Veracruz, Gutierrez Zamora, y ante tan terrible desengaño resolvió retroceder, conducta que acabó de desprestigiarlo, pues consideró malo lo que poco ántes habia creído el único remedio para México. Alucinado con el prestigio á que creyó habia llegado su persona, supuso que bastaba su voluntad para resolver las graves cuestiones que agitaban á la sociedad; y entónces vió lo que vale la aureola del renombre cuando cae bajo el peso de un grande error: de los ministros tan solo quedó despachando el general García Conde y en el interior fueron desatendidas sus proposiciones, en una de las cuales pretendia la reunion de gobernadores para tratar de una reconciliacion general. Nadie estaba contento con que Comonfort no adoptara determinada marcha y de que no se resolviera en Palacio ni el más insignificante negocio. En cambio los constitucionalistas no perdian tiempo, y como era insostenible ese estado de cosas, se esparcian en la capital á cada momento alarmas, se veia delante de Palacio la artillería, las avanzadas en las esquinas, y en una junta de gefes y oficiales tenida en la tarde del 8 de Enero (1858) presidida por Comonfort, manifestáronle el sentimiento de que no se decidiera por ningun extremo; pero estuvo firme en mantener la neutralidad tan perniciosa en que habia estado.

La reaccion aprovechó las circunstancias y logró que la marcha política fuera enteramente en el sentido que deseaba, mediante un movimiento militar verificado en la madrugada del 11 de Enero: la brigada del general Zuloaga, al mando del general Parra, desconoció á Comonfort y nombró en su lugar á Zuloaga; fueron ocupados la Ciudadela, San Agustín, Santo Domingo y otros puntos, y Comonfort tuvo que concentrar cerca de dos mil soldados con que contaba; entónces vuelve en sí y recobra su valor y sus esperanzas; rehúsa el favor que le ofrecían los ministros extranjeros para salvar su persona; llama tropas de diversos puntos y se sitúa en los bajos del Palacio para dictar disposiciones y combatir por la libertad, mostrando la misma serenidad que siempre admiró á los que le rodearon; dirigió una arenga á las tropas y procuró sostener la posición de San Francisco, donde se habian reunido los defensores de la Constitución con quienes se avino despues de algunas conferencias, estando allí los Sres. Revilla y Pedreguera, Del Rio, García Torres y otros; entregó el punto de la Santísima al general Trias, y como pretendia captarse otra vez el aprecio del partido de la ley, puso en libertad al Sr. Juarez y pretendió que los contendientes salieran á batirse á campo raso. Todos sus esfuerzos no fueron ya bastantes para impedir el aumento de las fuerzas reaccionarias con las que defecionaban de su lado, lo que le hizo perder la ex-Acordada, S. Francisco y otros puntos que no pudo reocupar; y sin embargo, no perdiendo las esperanzas hizo repicar en San Francisco cuando sus fuerzas eran rechazadas en el ataque de la ex-Acordada. Despues de haber abandonado á San Francisco por la defecion de las tropas, ya no le quedaban más que quinientos hombres con los cuales la defensa era inútil, y entónces los generales Rangel y Pardo le rogaron abandonara la ciudad, porque seria estéril toda resistencia, y cediendo á la consideracion de que iba á aumentar inútilmente el número de víctimas, se resolvió, cerca de las siete de la mañana del 22, á abandonar la capital, pero quiso que el jefe enemigo más próximo tuviera conocimiento de su salida y no se atribuyera á fuga: en aquellas terribles circunstancias no cayó de sus labios una sola queja contra los que despues de reducirlo á tan triste situacion le abandonaban. El general reaccionario Parra le permitió que llevara la escolta que le pareciese y entónces Comonfort, despidiéndose de los generales Rangel y Pardo, salió de la capital cerca de las ocho de la mañana, llevando á su lado á los ayudantes y á varios amigos; al pasar por la Santísima se le unió el general Vázquez con cien carabineros y en la garita de San Lázaro el general Portilla con una brigada de caballería; en Ayotla encontró quinientos hombres de todas armas y un carro de parque, cuyas fuerzas puso en Perote á las órdenes de las autoridades liberales de Veracruz, donde se embarcó el 7 de Febrero en el vapor «Tennessee» con su familia y los Sres. Siliceo y García Conde, y se dirigió á Europa, dejando un Manifiesto acerca de su conducta.

Expió sus errores con grandeza de alma: se condenó al destierro como único recurso, pero no perdió sus sentimientos como mexicano, ni le dejaron descansar los remordimientos que le impulsaban continuamente á buscar la expiacion de sus faltas. Hizo varias tentativas para volver á México en ayuda del partido de sus ideas, y por fin la guerra extranjera le ofreció una honrosa vindicacion. Residiendo en Tejas á mediados de 1861 solicitó del gobierno, por medio de D. Santiago Vidaurri, el permiso de pasar á vivir en el territorio mexicano, á condicion de permanecer en el lugar que el gobierno le señalara; Vidaurri trasmitió la carta al gobierno, y mientras tanto dejó que Comonfort residiera en Monterey donde fué recibido con aplauso por sus partidarios; por lo pronto dispuso el gobierno que fuera preso Comonfort, pero despues modificó la orden y

aun aceptó la oferta de su espada que empleó contra los franceses, cuando por segunda vez se presentaron frente á Puebla en 1863. En Enero de este año salió de la capital con el ejército del Centro para incorporarse al de Oriente, y se situó en el punto estratégico de San Martín Texmelúcan para auxiliar á la plaza que iba á ser sitiada; su mision era difícil bajo todos aspectos, pues las tropas que llevaba, levantadas á última hora, carecian de recursos y no eran propias para batir á un enemigo como el frances; esto lo comprendió perfectamente Comonfort y así lo manifestó al gobierno, presintiendo el resultado del difícil y desigual combate que iba á emprender; pero era necesario arresgarlo todo, procurar la salvacion de Puebla y que sus defensores no sucumbieran; se le manda á ese general que libre un combate aunque su conciencia le hace presentir el funesto resultado que tuvo, pues fué derrotado el 8 de Mayo (1863) en la batalla que lleva el nombre del pueblo de San Lorenzo, y se retiró á México despues que en esa ocasion buscó la muerte, ya que el destino le cortaba el camino de la vindicacion. Sus compañeros le arrancaron del campo de batalla, y la fé en el triunfo volvió á animar aquella alma grande que pudo abatirse tan solo en un momento de suprema angustia.

Comonfort siguió al gobierno nacional cuando la retirada del 31 de Mayo y marchó con el ánimo de continuar peleando contra los extranjeros y sus aliados; pero cuando en Noviembre de 1863 se dirigia de San Luis á Guanajuato, siendo ministro de la Guerra, fué sorprendido y asesinado entre Chamacuero y Celaya, en el Molino de Soria el 13 de dicho mes, por una partida perteneciente á las fuerzas que mandaba el jefe Gonzalez Aguirre, y dejó inmenso vacío en el ejército y en el gobierno; el cadáver fué llevado á San Miguel de Allende; restaurada la República fueron conducidas á México las cenizas del caudillo y reposan en el panteon de San Fernando. Comonfort jamás opinó contra ningun indulto; su físico revelaba al hombre observador: tenia la frente ancha y despejada, y su cara, picada de viruelas, era generalmente seria; usaba barba poblada; su cuerpo era alto y grueso; tenia el don del mando, valor y serenidad, y sus disposiciones fueron tan acertadas, hasta que dió el paso en falso, que sus tropas jamás sufrieron derrota alguna; gustaba andar solo y era tan laborioso que en el tiempo en que el Sr. Lerdo dejó el ministerio de Hacienda, Comonfort lo despachó. Estaba dotado de grande benevolencia, nunca agotada por los desengaños más crueles, y en su bello corazón vibraba muy alto la fibra de la humanidad; siempre estaba dispuesto á la reconciliacion y cifraba su mayor ventura en perdonar y dar un fraternal abrazo á los que habian sido sus enemigos.